

EL ALMA DE GARIBAY

Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Plaza de Urriés, número 1

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el descanso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se raien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para cosas serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

DE MI CARTERA SAN LORENZO

Los que hemos nacido en este rincón privilegiado del altoaragón; los que hemos aspirado el perfume de sus tomillares y de niños correteado por sus espesos bosques y escalado de mozos sus altísimas montañas; los que hemos visitado sus antiguos é históricos monumentos que recuerdan los orígenes de nuestra gloriosa reconquista y pregonan la fe, el temple y el heroísmo de nuestros mayores, aunque vivamos ausentes y lejos de este pedazo de tierra que es el amor de nuestros amores y cuyo santo recuerdo mitiga y suaviza los punzantes alfilerazos de la nostalgia, no bien llegan á nuestros oídos las notas simpáticas de la *jota* que las alas amorosas del céfiro arrastran en veloz carrera y depositan á los pies de los pobres desterrados del hogar solitario y desierto, notas siempre dulces y agradables, fieles compañeras de nuestras fiestas religiosas y cívicas, cuando nuestro espíritu salta de gozo y volando por los espacios imaginarios de íntimos y personales recuerdos, se traslada á los antiguos lares, reconstruye todo el historial de su azarosa vida y como si tocase con la mano la meta de sus aspiraciones, se encuentra descansando de las fatigas de la vida bajo la sombra de los copudos chopos que presenciaron los juegos de su niñez y que han tenido siempre, como todo lo que huele al *sabor de su tierra*, lugar preferente en el nido de sus amores.

¡San Lorenzo! nombre bendito que á mi mente evoca dulces recuerdos del pasado: nombre bendito que, como buen oscense, quisiera tener siempre en mis labios y en mi corazón para que guiara la nave de mi pobre alma por entre los ristes y escollos del proceloso mar de las pasiones. ¿Cómo celebraré tu fiesta, ausente de la *natria chica* y engolfado en los negocios del siglo? ¿Cómo cantaré tus glorias, si nunca mis labios hicieron sonar la trompa épica, ni mis pies calzaron las botas de alto coturno para loar en pá-

ginas de ardorosa y genial inspiración tu esclarecido martirio y sublimes virtudes que esparcieron perfumadas esencias en el ameno jardín de la Iglesia?

Pequeño filósofo que arrastro siempre mis alas al ras de la tierra, ó á lo sumo como ligera mariposa que voy libando de flor en flor, ¿qué podré decir de San Lorenzo que guarde proporción entre la pequeñez de mis lucubraciones y la gigantesca figura del mártir oscense?

Meditemos y bogue mi entendimiento por el mar de los recuerdos. A mi mente acuden en tropel las obscuras siluetas, desdibujadas por la acción corrosiva de los siglos, de los fenicios y celtas, arios y romanos, y como el grano de mostaza, humilde y pequeño, como semilla, gigantesco y copudo, como árbol frondoso, así se revela á mi memoria el origen humildísimo de *Osea*, *Victrix* en tiempos de Pompeyo y Sertorio, *Victrix* en los azarosos de la Reconquista, *Victrix* con sus sueltos y esforzados *almogávares*, *Victrix* con aquel puñado de héroes, que desafiando el furor de los moros y no temiendo y despreciando la doblez y mala fe de los griegos, llevaron al Oriente los alientos, el valor y las proezas de una raza indómita, noble é independiente; pero muy especialmente *Victrix*, con la legión esplendorosa de sus mártires que, teniendo por esforzado capitán y maestro á *Lorenzo*, supieron triunfar de la barbarie gentilica y rasgaron las nubes que cubrían el cielo de la Iglesia, para que en su azul purísimo brillara, sin sombras que empañaran sus fulgores, la luz del Redentor, libertando á los pueblos; purificando á las razas y señalando el camino de sus glorias y triunfos á las nacientes monarquías.

Peró esas victorias y esos triunfos y esas apoteosis se aparecen á mis ojos bañadas en sangre, cubiertas de heridas, entre huesos calcinados y miembros descoyuntados en el potro y el ecúleo, precedidos de espantosos gritos de odio y furor, de muerte y de venganza, en una palabra, de lucha sangrienta entre el manso cordero y el lobo rapaz y carnívoro. Los pobres, los humildes, los de abajo son sacrificados, conducidos al martirio: los de arriba, los poderosos, los empe-

radores sacrifican, hieren, matan é inundan el imperio de sangre de cristianos. La gloria de los emperadores se evapora, la idolatría huye vergonzosamente, como ave nocturna que teme la luz purísima del Cristianismo, el imperio se hunde como inmensa mole socavada en sus cimientos y la Religión del Crucificado, regada con la sangre de los mártires domina desde las alturas del Capitolio hasta los más apartados y profundos valles del mundo entonces conocido. Triunfó el sacrificio; la lucha purificó los espíritus, enardeció los corazones, evitó la deserciones ignominiosas, vigorizó los caracteres, mantuvo incólume el depósito de la fe y convirtió en un solo redil de almas enamoradas de Cristo, las diversas regiones que antaño experimentaran los rigores de la persecución.

Terminó la lucha y la sangre de los mártires no salpicó el trono de los Césares: á los gritos de odio, muerte y venganza han sucedido los campanudos himnos á la *Libertad*: cultos y creencias se han revuelto en abigarrada confusión y el color gris y opaco de la indiferencia que hiela y consume el fuego de las nobles pasiones que agitan el corazón humano, cuando se mueve en busca de gloriosos y levantados ideales, ha sustituido al rojo y encendido de la ardiente caridad cristiana. Ni sacrificios ni luchas, ni entusiasmos ni ideales.

Mas ¿qué digo? *El Diario* que se publica en nuestra invicta ciudad y que ha borrado de su escudo el histórico lema de *Victoria*, ahogando la fe de nuestro pueblo, patrimonio y herencia de la sangre de Lorenzo, con las turbias aguas de sus pestilentes doctrinas, se entusiasma, se mueve y se agita y contagia á los verdugos de nuestra patria, para que con los primores de su pluma hagan reverdecir los laureles del Cristianismo. ¡Entusiasmos! ¡Ideales! ¡Pobre pequeño filósofo! No te elevas á mucha altura, pero al menos con el instinto de oscense, comprendes que los entusiasmos de antaño dieron vida al martirio y á la grandeza de las naciones y los de hogaño á ideales de arlequín y á entusiasmos y farándulas de comedia y sainete.

SOCRATILLO.

ECOS DE SOCIEDAD

Así se titula una sección que publican todos los periódicos que parecen serios, dando pábulo, no obstante, con ello, á que soltemos el trapo al leerla todos los tentados de la risa.

Es el caso que los cándidos que se ven expuestos en ella, cual monigotes en cinta cinematográfica, no adivinan, al ver sus nombres reproducidos en letras de molde, dando cuenta de que van á baños, de que vuelven, de que han pedido la mano de sus hijas, de que celebran su fiesta onomástica, de que han asistido á una comida de confianza, de que juegan al *tennis*, de que visten con elegancia, de que convidan á los amigos y de otra porción de cosas pertenecientes á la vida privada, que de lo que se trata es de explotar la miajita de vanidad, innata en el hombre, haciendo servir estas noticias, que interesan al público lo mismo que á un perro el que lleve bigote mi suegra, de anzuelo para pescar suscripciones, sin darse cuenta que al abuso á que ha llegado la prensa en esta materia la persona verdaderamente distinguida es aquella que no se ha visto jamás mentada por los *papeles* cuando de asuntos privados se trata. Y si no, decidme; ¿en

qué se diferencia hoy, ante un gacetillero, no digo un arzobispo, ni un diputado, ni un general, ni un marqués, ni un príncipe, ni un ministro de la corona sino el mismo jefe del Estado ó el Papa, del tendero de comestibles de la esquina; del zapatero de enfrente, del barbero de la derecha ó del aguador de la izquierda? yo que leí en cierta ocasión, refiriéndose á un carbonero: «el ilustrado industrial D... ha contraído matrimonial enlace con la bellísima señorita doña...» puedo hablar, y aun añadir que la *señorita* era hija de un portero que tenía tres reales diarios de sueldo, habitación franca y el importe de las basuras de la casa que se vendía cada semestre.

Otra vez ví también escrito, con asombro, lo siguiente: Ayer se unieron en indisoluble lazo el inteligente obrero... y la agraciada cuanto simpática joven... El novio era un mozo de cuerda y ella la criada de un figón, debiendo advertir que la noticia que antecede había sido insertada en la sección de que me ocupo; á continuación de otra en la que daban cuenta de haber dado á luz con toda felicidad, un robusto infante, la mujer del sereno del barrio y seguida de otra en la que felicitaban calurosamente á un sastre, recién establecido, por lo bien cortados y cosidos que le había sacado unos pantalones al hornero que suministraba el pan al *notable publicista* que aquello escribía. Yo no he sido nunca malicioso; pero enseguida acudí á mi mente la idea de que uno de los dos, ó ambos á la vez, eran ingleses del *escritor* (llamémosle así) y se valía él de este medio ingenioso para detener por algún tiempo las fatídicas facturas que le perseguían constantemente por doquier, porque es de notar que cuando estas pobres gentes encuentran por la calle á sus amigos y les dan la enhorabuena por el honor que les ha dispensado esta ó la otra publicación, no les falta ni el canto de una peseta lisa para dar con sus huesos en una casa de orates. Tal es la desapoderada alegría de que se encuentran poseídos, creyendo que han creído cien codros sobre el nivel del mar, y es de ver como miran á sus semejantes, desde aquel momento, con aire de protección, entablándose en el seno del hogar doméstico diálogos parecidos á este:

—Dime, Sinclética; ¿has enviado por *El Herald*?

—Sí, hombre, sí; he hecho traer cien ejemplares.

—¡Alabado sea Dios! ¿Y qué vamos á envolver con tanto papel?

—¡Hijo, que animal eres!

—Estimado, prenda.

—¿Pere tú crees que yo me he gastado cien *perras chicas* para envolver *cascabelicos*? ¡Bien empleadas estarían! Lo que yo me he propuesto, á la vista está. ¿No hemos de enviar un número á cada uno de nuestro parientes y otro á cada uno de nuestros amigos para que sepan que se sonrió la infanta cuando pasó junto á ti y que te apresuraste á devolverle el *moquero* que se le cayó inadvertidamente á tus pies?

—Tienes razón; por cierto que cuando le alargué el pañuelo me puse más rojo que una *guindilla* al oír que preguntó la señora al alcalde quién era yo y le contestó que un ordenanza.

—Bueno; pero eso no lo han puesto en el periódico, pues únicamente dice que al pasar su alteza junto al Sr Melabufes le alargó éste con suma galantería el pañuelo de bolsillo, que se deslizó de sus manos cayendo al suelo sin darse cuenta.

—Es verdad; y ¿también vas á enviar el periódico á mi hermana?

—¡Ya lo creo! Poco que va á rabiarse mi *señora* cuñada cuando lea eso. Precisamente no he podido dormir esta noche de pura satisfacción. Se le figuraba á la *lambrota* esa que porque pusieron en *El Imparcial* que había cosido el peinador de la *tenedora* de libros de aquel garbanero gordo que tiene tienda en el *mercao* nos iba á eclipsar. Pues mira, á cada tocino le llega su San Martín.

—Chica, si lo dices por mí, ¡muchas gracias!

—No, que lo digo por tu hermana.

—Pues de todos modos las repito, por la comparación, pues al fin y al cabo lleva mi sangre.

—¡Qué ha de llevar tu sangre! las cuñadas no llevan sangre.

—¿Pues qué llevan?

—¡Solimán!

—¿El magnífico?

—No, señor; del que venden en las boticas.

(Se continuará.)

PLINIO.

LOS DIFAMADORES

Los difamadores, ¿quiénes son?—Córcholis, vaya una preguntita la de *El Diario de Huesca!*—Bien es verdad que ya mi amigo y compañero *Plinio* le ha sentado las costuras, como él sabe hacerlo y se ha felicitado por haber encontrado nuevos colaboradores que le ayuden en la ímproba tarea de descubrirlos: pero como á mí no me duelen prendas y siempre acostumbro á repetir el plato que me gusta, de aquí que, haciendo caso omiso del antiguo refrán latino: *non bis in idem* y del no menos expresivo castellano: *nunca segundas partes fueron buenas*, también pienso echar mi cuarto á espadas y referir lo que pasó con unos amigos respecto á la mentada pregunta.

Hallábame con unos amigos queridísimos que no tienen el mal gusto de leer *El Diario*, cuando llegó á mis manos el sueltcito y la preguntita de marras. Burla burlando les propuse la siguiente adivinanza:—Vamos á ver, Perico, ¿quiénes te parece que son los difamadores en este pícaro mundo?—Hombre, ni que decir tiene: los que á sabiendas mancillan y calumnian la honra del prójimo.—Pues, hijo, te has equivocado de medio á medio.—

Oye, Juan, á ti, quiénes te parece que son?—Si no acertó mi amigo, yo voy á dar en el *quid*.—Los difamadores son los malos periódicos que, como plaga de langostas, han invadido la tierra para arrojar su inmundada baba y asquerosos salibazos sobre lo más santo y sagrado que hay en el cielo y en la tierra.—También veo que eres del número infinito de los cándidos, y que por tu inocencia mereces vivir todavía en el reino de los Batuecas.—

Sin duda Enrique que siempre ha dado muestras de aguda penetración y fino olfato nos sacará de estos apuros y dudas.—Concretemos, Víctor, y así será fácil la respuesta.—¿Cómo comienza el suelto que encabeza esa pregunta?—Así principia: *En Zaragoza como aquí en Huesca...* basta: tengo lo suficiente para deshenebrar el ovillo. Es más clara que el agua la solución. Los que difaman son los masones que, como red apretada y de espesa malla, se han extendido por

toda la tierra para sembrar en Zaragoza, en Huesca y en todas partes la maldita semilla de la calumnia.—Veo que todos sois unos bolenios y que dáis respuestas y soluciones á porrillo, fundadas en la lógica, como si esta señora viviera en las redacciones de los periódicos á la moderna.—

Aquí tengo la pregunta publicada, á modo de adivinanza, por *El Diario* de la botica y la respuesta que, como salida de tal magín, es un asombro de penetración y un portento de aticismo y de cultura.

—Valiente cultura la del *enano de la venta*: habrá dejado atrás en sus apreciaciones y en sus frases á *El Pueblo* y *El Radical*, órganos de los kabileños valencianos.—En eso estamos conformes; la cabra siempre tira al monte y sería mayor milagro que el de la multiplicación de los panes, que *El Diario* usara un lenguaje culto al hablar de los católicos.

El portentoso descubrimiento de *El Diario*, que deja tamañito al del héroe de Cacabelos que descubrió la cuadratura del círculo es el siguiente: que la negra reacción, los neos, los católicos son en todas partes los difamadores.—Caras de asombro en mis amigos; asqueantes gestos que revelan la revolución estomacal que les ha producido la sensacional respuesta.

Pues no os asombréis, queridos; es lógica la respuesta de *El Diario*. Cada uno habla de aquello que abunda en el corazón. Yo me creí que iba á revelarnos que el duque de Bivona y los bivonistas eran los difamadores, pero observé á las pocas líneas de leer el sueltcito, que para *El Diario* eran los católicos los difamadores, lo cual prueba que más que el diputado por Jaca, estamos los católicos montados sobre las narices de D. Manuel, favor que nunca agradeceremos bastante, porque las diatribas de estos aristarcos nos colocan á cien codos de altura sobre el nivel de nuestros detractores.

Tu crítica majadera
De todo lo que escribí,
Diario, poco me altera:
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustaran á ti.

Otro día, amigos, haremos el *retorqueo argumentum*, porque ya el artículo resulta largo y el undécimo mandamiento es no fastidiar.

VICTOR.

EL DIABLO EN LA IGLESIA

CUENTO QUE NO ES CUENTO

Un señor gordo, con levita abierta y gran cadena en el chaleco, dormitaba como un bendito, y tres señoras ya de edad avanzada, pero admirablemente restauradas, sostenían animadísimo coloquio. Este conjunto, con otros mil detalles, que se omiten por no ser difusos, lo abarcó el diablo á la primera mirada, é iba ya á frotarse las manos de gusto, cuando vió á una pareja que se dirigía á la pila del agua bendita, y no sólo se detuvieron sus manos, sino que se curvaron sus cejas y le tembló ligeramente el cuerpo.

La pareja llegó, efectivamente, á la pila; el hombre tomó agua y la dió á la mujer, diciéndole no sé qué cosa que la hizo sonreír, y am-

bos hicieron describir á sus manos unas curvas ridículas.

El diablo soltó la carcajada, exclamando:

—¡Bah!... Esas cruces no son de las que me hacen miedo... También las hago yo...

Desde entonces no cesó de reír, mirando la variedad de líneas que trazaban entre la nariz y pecho los que llegan á la puerta, sin que tuviera la más remota conexión con una cruz verdadera.

Poco tiempo después el sonido de una campanilla le hizo estremecer, y esconderse en un rincón, desde el que no se veía el altar. Llegó, sin embargo, hasta allí el efecto de la señal de la cruz, que al comenzar la Misa trazó sobre sí el sacerdote, como un tremendo latigazo, que estuvo á punto de hacerle salir de la iglesia, si su tenacidad diabólica no le detuviera allí, donde era posible hacer alguna pesca. El espectáculo era, por otra parte, curiosísimo...

Fuera de un par de docenas de fieles cuya actitud era compuesta y reverente, en consonancia con el lugar donde se hallaban y el Sacrificio augusto á que asistían, era lo demás una exposición de ridículas posturas y actitudes.

Los hombres, en especial los más jóvenes y más elegantes, se habían puesto como en cuclillas, con una pierna echada atrás, medio doblada la otra, é inclinando el cuerpo como si les acometiera algún retorcijón de vientre.

Con apresuramiento, casi sin solución de continuidad entre una y otra cosa, trazaron entre cara y pecho unos garabatos ridículos, y dieron sobre el último unos ligeros golpecitos en número bastante variado...

Las mujeres bien arrodilladas casi todas, después de mirar los trajes de sus vecinas, habían tratado muy parecidos garabatos, dándose idénticos golpecitos y puéstose á leer en elegantes *devocionarios*...

Pero el diablo que era listo de suyo, pudo advertir que muchas de ellas pasaban la vista por encima del libro y se dirigía á *los* ó á *las* que le rodeaban, y aún observó que algunas los tenían abiertos con muchísima devoción... ¡pero con las letras al revés! La inclinación en los hombres y el estar arrodilladas las mujeres duró pocos momentos, y el diablo, que estaba contentísimo, pudo observar que de pie aquéllos y sentadas éstas, estaban poco menos que en un salón cualquiera, cambiando muchas veces señas y miradas, sonrisas y gestos que colmaban su cosecha de tentaciones y pecados. La Misa avanzaba entretanto, y al llegar al Evangelio y ponerse todos de pie, se repitieron como en competencia los garabatos que hacían desternillar de risa al diablo.

Desde aquí en adelante, y sin que apenas se prestara atención al Sacrificio, más que un momento en que por tres veces sonó la campanilla, continuaron unos de pie y otros sentados, la no interrumpida serie de profanaciones é irreverencias...

De pronto vió el diablo que aquella muchedumbre de despreocupados y distraídos se arrodillaban ó se inclinaban, que todas las cabezas se doblaban y se tornaban graves las antes risueñas fisonomías y que un religiosísimo silencio ocupaba en lugar de toses y murmullos; vió que una luz sobrenatural lo llenaba todo; escuchó unas palabras que pronunciadas acá en la tierra, tenían resonancia poderosa, inmensa, infinita en los cielos... se sintió arrebatado; era la ola de fuego que en otro tiempo le arrojara del cielo,

y como herido por el rayo cayó anonadado en lo más profundo de los infiernos...

La misericordia de Dios, pasando por encima de todo el linaje de irreverencias y profanaciones, había hecho descender á las manos del sacerdote el Cuerpo y Sangre de Cristo Señor Nuestro, y era una lección buena para el diablo... que cuando Dios quiere, nada puede, y que aunque por desgracia suele en los templos recoger gran cosecha, sale de allí vencido, y no puede ser larga la estancia del diablo en la Iglesia.

L. P. BREMÓN.

NUEVA PROTESTA

Siresa 29 Julio 1908.

Sr. Director de EL ALMA DE GARIBAY:

Huesca.

Muy señor nuestro y de nuestra mayor consideración: Estimaremos como señaladísimo favor que dé usted cabida, en su valiente semanario, á estos renglones, los cuales sirven para expresar nuestra más enérgica protesta contra la famosa «Confidencial» del Sr. Castro, tan depresiva para el Magisterio oscense; al par que agradecerle la defensa que usted hizo de nuestra humilde cuanto digna clase.

También estamos dispuestos á secundar todo acto que se intente llevar á cabo para demostrar que impunemente no puede injuriárenos.

Tienen sumo gusto en ofrecerse de usted atentos ss. ss. q. b. s. m.,

Ramón Ibarz Paláu.—Teresa Aznárez.

maestros de Fon. z.

NOTAS SUELTAS

¡Amigos, muy queridos! Teníamos intención de hablaros en este número de muchas cosas más; pero como llevamos toda la semana de fiestas y el cuerpo se acostumbra muy pronto á la buena vida, se han entumecido nuestros dedos (no por el frío, no), y se niegan á coger la pluma. Cuando sacudamos la *murria*, propia del tiempo, os hablaremos de los jolgorios pasados y de otras cosas que os gustan mucho.

El fondo de hoy lo recibimos con algún retraso y por esto no se insertó antes; mas todavía le damos cabida con oportunidad por estar en la octava del Santo.

La protesta de hoy estaba compuesta para que hubiera aparecido en nuestro número anterior; pero al hacer el ajuste del periódico no cupo y por esto se ha retrasado su inserción.

Imp. y Centro de Modelación impresa para Ayuntamientos
Juzgados y demás oficinas

HUESCA.—FAUSTINO GAMBÓN.—HUESCA

Plaza de Camo (antes Zaragoza)